

INESTABILIDAD Y CRISIS DEL ESTADO-NACIÓN

Belzu, más allá de la caricatura

Por Frédéric Richard

Artículo publicado en la revista Tinkazos, numero 5, enero 2000, p. 19-32.

Cuando se piensa en Belzu, vienen a la mente las imágenes dejadas por la historiografía tradicional. Pensamos en un caudillo inculto, que lanza monedas por la calle, en pionera actitud clientelar, e impulsa desde el Palacio una política proteccionista. Se trata de medias verdades. Este acercamiento a los hechos nos dibuja sus perfiles ignorados.

MEDIADOS DEL SIGLO XIX¹

Entre 1847 y 1849, Bolivia conoció un período de crisis e inestabilidad política de extrema gravedad. A nuestro parecer, en ese tiempo hubo una ruptura fundamental en el desenlace de las prácticas y representaciones políticas de la Bolivia del siglo XIX. Las terribles convulsiones que caracterizaron este país a mediados del siglo pasado pusieron en evidencia el fracaso del proyecto modernizador de los diferentes régímenes instaurados desde 1825.

Los gobiernos de Sucre (1825-1828), Santa Cruz (1829-1839) y Ballivián (1841-1847) trataron de crear una sociedad y un Estado modernos que rompieran con las estructuras coloniales del antiguo régimen. Se trataba de destruir la organización corporativa y estamental para reemplazarla por un Estado-Nación compuesto por individuos libres e iguales.

Como François-Xavier Guerra² lo hace notar, los cambios generados por la modernidad son generalmente los siguientes:

- Los cuerpos y los estamentos deben ser reemplazados por los individuos
- El principio de igualdad debe substituirse al de jerarquía no igualitaria
- El principio de soberanía popular debe reemplazar al que se legitima en la tradición y la religión
- Una nueva sociabilidad democrática substituye los lazos jerárquicos y no igualitarios del antiguo régimen

A través de la centralización administrativa y política, el Estado y sus representantes, es decir, los prefectos³, en este caso, eran los agentes esenciales de esta política modernizadora y uniformizadora.

Sin embargo, las estructuras, prácticas y representaciones tradicionales iban a oponer una resistencia tenaz al proyecto modernista, que fue incapaz de hacer desaparecer las parentelas y redes clientelistas regionales y locales, los municipios, las comunidades indígenas, las representaciones organicistas de la sociedad, el pactismo y la religión como principios de legitimación. Los actores colectivos seguían organizados en grupos estructurados por

relaciones no igualitarias, jerárquicas y organicistas, cuya legitimidad se basaba en privilegios y tradiciones y no en la libre asociación de individuos libres.

A partir de 1848, el gobierno de Belzu trató de reconsiderar estas contradicciones para lo cual creó un sistema político, que sin renunciar a sus fines modernizadores, supo negociar con las prácticas y representaciones sociales y políticas de una sociedad aún tradicional. Este sistema político híbrido, consolidado a mediados del siglo XIX no siempre devolvió la paz y la estabilidad al país, pero permitió encontrar ciertos equilibrios y mecanismos de control y negociación, que limitaron las formas más extremas y sangrientas de la violencia y los enfrentamientos políticos hasta 1857⁴.

Cabe subrayar la complejidad de la vida política. Por un lado era moderna, porque conocía reglas constitucionales, elecciones, el principio de la separación de los poderes y la soberanía popular, una vida parlamentaria, un legalismo a menudo sincero, pero también se organizaba en torno a redes clientelistas, regionalismos, pronunciamientos, el pactismo y el uso de la religión como principio de legitimidad política.

Varios elementos de lo que acabamos de describir existieron antes y después de la administración de Belzu, pero no cabe duda de que durante este gobierno, el Estado caudillista, que asociaba tradición y modernidad, alcanzó su apogeo.

RENCILLAS CON EL PERÚ

La grave crisis de 1847, que provocó la caída del gobierno de Ballivián, en diciembre del mismo año, tuvo su origen inmediato en una degradación de las relaciones entre Bolivia y Perú. Desde la Independencia, las relaciones entre ambos países estuvieron marcadas por enfrentamientos. Los problemas fronterizos, la cuestión de Arica, puerto y salida del comercio paceño en territorio peruano, la circulación en el Perú de la devaluada moneda boliviana llamada feble, la competencia entre las dos naciones para exportar la cascarilla⁵ todo ello agudizaba las rivalidades entre los dos países.

La llegada en 1845 de Castilla a la presidencia del Perú explicó el rebrote de tensiones entre Bolivia y Perú. El nuevo presidente no había olvidado los malos tratos recibidos en 1841 después de la batalla de Ingavi y odiaba a Ballivián⁶. Además, el primer mandatario peruano estaba muy preocupado por los vínculos establecidos entre Ballivián y Flores, el presidente de Ecuador, que amenazaba al Perú.

Después de varios incidentes, mediante el decreto del 9 de noviembre de 1846, Castilla decidió aumentar considerablemente las tarifas de importación sobre los productos del comercio de tránsito de Bolivia hacia Arica. Ballivián respondió con los decretos del 31 de marzo y del 29 de abril de 1847, que disponían la interdicción comercial y la incomunicación con el Perú⁷.

La situación del gobierno boliviano era cada vez más delicada, mientras las tropas chilenas ocupaban una parte del litoral de Bolivia. La guerra entre las dos naciones parecía inevitable.

Esta crisis comercial agravó también las tensiones existentes hace varios años⁸. Las amenazas de guerra con el Perú paralizaron el comercio entre el sur de este país y el departamento de La Paz. Las élites de La Paz que recibían una gran parte de sus ingresos del comercio, protestaron

enérgicamente contra el gobierno de Ballivián, acusándolo de haber fomentado el estado belicoso entre las dos naciones⁹. Ese fue un golpe terrible para Ballivián, que vio como lo abandonaba la mayor parte de sus apoyos clientelistas y regionales paceños.

Además, las dificultades de los comerciantes, cuya salida natural era Arica, avivaron las oposiciones regionales entre éstos y sus homólogos de Sucre y Potosí, cuya salida era más bien el puerto de Cobija¹⁰.

Los comerciantes de Sucre y Potosí aprovecharon los problemas de las élites paceñas y trataron de reforzar y consolidar el papel de Cobija. De manera que las rivalidades regionales entre el norte y el sur se agudizaron a causa de estos asuntos comerciales.

Los preparativos de guerra con el Perú y las dificultades económicas agravaron el déficit del presupuesto estatal, ya fuertemente desequilibrado por un grave endeudamiento. Para resolver este problema, el gobierno de Ballivián decidió imponer un descuento a los sueldos de los funcionarios públicos, eclesiásticos y militares. Esta medida suscitó un fuerte descontento en un sector esencial para la estabilidad gubernamental¹¹.

Para conseguir fondos, el gobierno practicó también el cobro anticipado a las comunidades indígenas que empezaron a protestar contra esta decisión y se volcaron contra la administración de Ballivián¹². Varias medidas adoptadas por el gobierno en años anteriores, que se habían podido imponer por la fuerza y estabilidad de la administración Ballivián, empezaron a levantar protestas y críticas cada vez más vehementes de parte de los sectores afectados. La debilidad del gobierno iba a permitir el despertar de una inmensa ola de descontento.

Los productores de coca y cascarilla empezaron a protestar de manera cada vez más firme contra el régimen de Ballivián, que había otorgado, por remate, el cobro de tasas aduaneras e impuestos indirectos sobre estos dos productos, a fieles y familiares que además eran a menudo funcionarios públicos¹³.

Los miembros de la élite paceña, que no habían aprovechado de estos privilegios económicos y sufrían las consecuencias comerciales de la crisis con el Perú, se pusieron cada vez más hostiles al gobierno.

Los empresarios mineros estaban en desacuerdo con el monopolio estatal de compra de la plata a través de los Bancos de Rescate. Sigue que los precios ofrecidos por estos bancos eran mucho más bajos que los del mercado internacional. Los mineros reaccionaron fomentando un gigantesco contrabando y la venta masiva e ilegal de la plata al exterior¹⁴.

En 1845, el gobierno de Ballivián suspendió la autonomía de los municipios al crear “Juntas de Propietarios”, controladas por los prefectos. Las potentes oligarquías locales y regionales nunca aceptaron esa medida que socavaba su autoridad e influencia¹⁵.

En 1843, el gobierno decidió reducir los efectivos del ejército que absorbía más de la mitad del presupuesto. Muchos oficiales se encontraron sin asignación. Llenos de amargura, estaban listos para seguir a cualquier caudillo ambicioso y audaz dispuesto a tomar el poder¹⁶.

Las poblaciones urbanas, y más específicamente los artesanos y los pequeños comerciantes mestizos, debían enfrentar una degradación continua de su condición de vida debida a:

- Las importaciones de los ricos comerciantes bolivianos y extranjeros de una gran cantidad de productos de ultramar, sobre todo textiles, que competían con los nacionales¹⁷.
- La creación, durante el gobierno de Ballivián, de una serie de impuestos indirectos que gravaban con fuerza los productos de primera necesidad como el maíz, las harinas, los cueros, el aguardiente, y además aumentaban notablemente los precios de esas mercancías.
- Varios años de sequías que azotaron a Bolivia y Perú entre 1846 y 1849 y desataron hambrunas desoladoras. Esta crisis económica y demográfica de antiguo régimen comprometió todavía más la suerte de los sectores populares de la sociedad.

En sus informes diplomáticos, Léonce Angrand, el encargado de Negocios y cónsul de Francia en Bolivia, describió un país asolado por las dificultades climáticas y la guerra civil. Veamos su contenido.

Informe del primero de febrero de 1848. Chuquisaca: “[...] llegué a Chuquisaca el 5 de febrero. Fue una suerte, después de un viaje tan largo y de tantas dificultades, haber podido atravesar Bolivia y el Sur del Perú, sin otros inconvenientes que retrasos inevitables debidos a la falta absoluta de medios de transporte. El país que he recorrido (Bolivia), por lo general bien abastecido en recursos para alimentar las bestias de carga y las monturas, estaba completamente asolado por una guerra civil precedida por dos años consecutivos de hambruna. Esta miseria sólo dejó cadáveres de toda especie, sembrados por el altiplano ya de por sí desolado. Fue el obstáculo más grande que tuve que enfrentar para llegar a mi puesto. Tuve que abandonar a lo largo del camino una parte de las mulas alquiladas en La Paz, las cuales morían por la falta de alimento y por el rigor del clima”¹⁸.

En 1849, cuando Belzu gobernaba Bolivia desde diciembre de 1848, la situación no había mejorado.

Informe del 4 de marzo de 1849. Tacna: “[...] una sequía inusitada y casi general en toda la Cordillera no ha permitido la siembra de las tierras, en consecuencia, una hambruna está a punto de declararse en Bolivia y en Perú, que abastece los departamentos de La Paz y Oruro con productos de consumo de primera necesidad. Ya los años 1846-1847 se caracterizaron por una ausencia de lluvias. Los pastizales y las cosechas fueron muy afectados. Una mortandad considerable hizo desparecer una gran parte de los animales y sobre todo les las llamas, que constituyen el recurso esencial de estas tierras frías”¹⁹.

TIEMBLA LAS ESTABILIDAD

Desestabilizado por las dificultades con el Perú, el gobierno de Ballivián no pudo enfrentar una crisis política, económica y social de esta magnitud que implicaba a casi todos los sectores de la sociedad: élites regionales y locales, artesanos, comunidades indígenas, comerciantes, mineros, militares y funcionarios públicos.

Todos estos estamentos afectados por la crisis descrita antes reaccionaron en defensa de sus intereses inmediatos, sin embargo a un nivel más profundo rechazaban también los afanes modernizadores de una administración que a nombre de la racionalidad administrativa y fiscal comprometía los intereses colectivos y corporativos, los privilegios y el prestigio de casi todos los sectores de una sociedad todavía tradicional.

La firma del tratado de Arequipa entre Bolivia y Perú, el 3 de noviembre de 1847²⁰, resolvió en gran medida el conflicto entre los dos países y, sobre todo, evitó la guerra. Se restableció así el libre tráfico por Arica, aunque este acuerdo llegó demasiado tarde y no le permitió a Ballivián restablecer una situación ya perdida.

Entre junio y diciembre de 1847, Ballivián tuvo que enfrentar varias sublevaciones y pronunciamientos que acabaron con su gobierno el 23 de diciembre 1847. El primer golpe fue dado por el coronel Belzu, un joven, inteligente y audaz oficial que además quería vengar la infidelidad de su esposa, la poetisa Juana Manuela Gorriti, con el presidente Ballivián. Pensó que ese era el momento propicio para derrocar al gobierno. El motín del 5 de junio de 1847 tuvo lugar en La Paz, pero fracasó y Belzu tuvo que huir al Perú mientras varios de sus cómplices eran ejecutados.

A pesar de este desastre, la acción de Belzu fue el primer paso de un amplio movimiento de sublevaciones que acabaron con el poder de Ballivián.

Varios levantamientos brotaron en el sur del país, pero Ballivián pudo restablecer temporalmente la situación gracias a la victoria de Vitichi el 7 de noviembre de 1847. La vuelta de Belzu a Bolivia significó, sin embargo, el fin de su administración por la pérdida del norte del país.

Los militares no fueron los únicos protagonistas de estos acontecimientos. Los pueblos, las ciudades, los cantones y las provincias también fueron actores esenciales. En la más perfecta tradición pactista de una sociedad hispánica de antiguo régimen publicaron actas populares de pronunciamiento²¹.

Las actas populares del departamento de La Paz resultan de gran interés, porque justifican las declaraciones y las decisiones de buscar el derrocamiento de Ballivián. Estos documentos denuncian, por ejemplo, el sistema de remate de los derechos sobre la coca y la cascarilla, la corrupción de los funcionarios públicos y los privilegios económicos otorgados a los ballivianistas. Proclamaban también a Velasco como presidente de la República y la restauración de la constitución de 1839²². Daban así un curso legal y legítimo a sus acciones. Velasco había sido derrocado por Ballivián en 1841 y la constitución de 1839 fue reemplazada por otro texto constitucional en 1843.

Sin embargo, las actas del departamento de La Paz dejan entrever el peso político fundamental de Belzu. Él es proclamado jefe superior político y militar del norte. Fue ascendido al grado de general de brigada por las autoridades locales después del pronunciamiento de La Paz del 17 de diciembre de 1847. Velasco, caudillo del sur, es proclamado presidente de la República, pero Belzu es sin duda el hombre fuerte del norte.

El 23 de diciembre de 1847, frente a una situación tan confusa y compleja, Ballivián, que en vano trató de conservar la comandancia del ejército, entregó la presidencia al general Eusebio Guílarte, presidente del Consejo de Estado, como preveían las disposiciones constitucionales de 1843.

El desprecio de la administración Ballivián era tal que Guílarte no pudo conservar el poder más de diez días y dejó la presidencia a Velasco en 1848.

EL AÑO 1848 EN BOLIVIA.

Tras la caída de Guílarte, Velasco pudo mantenerse en la presidencia de la República durante casi un año. Para todos era una figura de transición. En enero de 1848, ninguno de los caudillos que competían para el poder tenía la fuerza política suficiente para imponerse. La presidencia de Velasco permitió un *statu quo* entre diversos competidores muy ambiciosos durante varios meses.

Velasco supo manejar la situación con habilidad y se hizo imprescindible mientras las facciones en presencia no podían conquistar el poder. Además representaba la legitimidad derrocada por Ballivián en 1841 y le daba un sello legal a todo lo sucedido desde 1847.

En esta ocasión, José Miguel de Velasco²³ asumió la presidencia por cuarta vez. Además fue el vicepresidente de Andrés de Santa Cruz. Ejerció este cargo en 1828 y entre 1839 y 1841. Nació el año 1795 en la ciudad de Santa Cruz y fue un actor importante de la vida política boliviana, aunque no pudo mantenerse en el poder por mucho tiempo. Fue un hombre conciliador que quizás careció de energía, pero pudo estabilizar varias veces el curso de la acción política hasta encontrar equilibrios políticos más duraderos.

Cuatro personalidades tuvieron una gran influencia en la vida política durante el gobierno de Velasco:

- Sebastián Agreda²⁴, nacido en Potosí en 1795, combatió durante la Guerra de la Independencia, fue un fiel partidario de Santa Cruz y ejerció la presidencia durante 29 días después de la caída de Velasco en 1841. En 1848, fue prefecto de La Paz y comandante en jefe de las fuerzas armadas del norte.
- José María Linares²⁵, nacido en 1808 en Potosí. Fue ministro plenipotenciario en España durante el gobierno de Ballivián. En 1848, fue prefecto de La Paz y presidente del congreso. En 1852, después de la muerte de Ballivián, se convirtió en el opositor más tenaz al gobierno de Belzu. Entre 1857 y 1861, fue el primer civil en acceder a la presidencia de la República. Además de los citados, dos hombres dominaron de manera casi exclusiva la vida política en 1848, estos fueron Casimiro Olañeta y Manuel Isidoro Belzu.
- Casimiro Olañeta²⁶ nació en Chuquisaca en 1796. Fue uno de los padres fundadores de la Bolivia independiente en 1825 y uno de los actores políticos esenciales de este país hasta mediados del siglo XIX. Entre 1825 y 1848 fue cinco veces ministro del interior y de relaciones exteriores, desempeñó esas funciones durante 1848. Falleció en 1860.
- El general Manuel Isidoro Belzu²⁷ nació en 1808 en La Paz. De origen humilde, participó en los últimos combates de la Guerra de la Independencia y fue oficial del

ejército peruano hasta 1828. Hizo una carrera militar brillante y rápida durante los gobiernos de Santa Cruz y Ballivián y contribuyó de manera determinante en el derrocamiento de Ballivián. En 1848 ocupó las funciones de ministro de guerra. Fue presidente entre 1848 y 1855 y murió asesinado en 1865.

El enfrentamiento entre Belzu y Olañeta fue, sin duda, el asunto político clave de este breve periodo. Hay que recalcar que el año 1848²⁸ es un reflejo interesante de la complejidad, las ambigüedades y contradicciones del sistema político caudillista impuesto en Bolivia a mediados del siglo XIX.

La caída de Ballivián y la presidencia de Velasco despertaron una gran esperanza entre las élites civiles representadas por Olañeta y Linares. Ambos dirigentes trataron de imponer un orden político que se apoyara en las reglas constitucionales y en un funcionamiento legal de las instituciones. Entre junio y septiembre de 1848, las elecciones legislativas y la reunión del Congreso materializaron estas ambiciones legalistas de las élites civiles. Sin embargo, por la situación de crisis tan aguda que conoció Bolivia entre 1847 y 1848, era evidente que este legalismo debía coincidir con un mínimo de eficacia y de rigor. Si el gobierno de Velasco quería durar, y evitar la suerte de la administración de Ballivián, debía adoptar medidas urgentes.

Entre los problemas más apremiantes estaba el remate de los derechos sobre la coca y la cascarilla, y la cuestión de los impuestos sobre las mercancías de primera necesidad. A pesar de las quejas de los productores de coca y de cascarilla, y de los comerciantes que empezaron a armar campañas de prensa y a provocar disturbios en el departamento de La Paz²⁹, el gobierno decidió esperar la reunión del congreso en junio para dar un marco legal a las decisiones que iba a tomar.

Los debates parlamentarios evidenciaron de inmediato la dificultad de combinar el interés general, la eficacia y la legalidad³⁰. Cada diputado defendió los intereses de su circunscripción y propuso la desaparición de los impuestos sobre los productos que interesaban a sus electores. Muy rápidamente, las autoridades gubernamentales y legislativas se enfrentaron en torno a la oportunidad de cancelación de tantos gravámenes, lo cual iba a satisfacer a la opinión pública, aunque podía poner en peligro el presupuesto del Estado. Además, los rematadores que tenían un contrato y habían adelantado fuertes sumas de dinero al Estado, empezaron a protestar y a exigir indemnizaciones. Las medidas adoptadas fueron un fiel reflejo de las ambigüedades congresales. Casi todos los gravámenes sobre los productos agrícolas y de primera necesidad fueron abolidos por medio de la ley del 7 de septiembre de 1848. Al incluir la desaparición de las imposiciones sobre la coca y la cascarilla se suprimió también de hecho el remate de los derechos sobre estos productos.

Sin embargo, la ley debía entrar en vigencia recién en 1849. Pero, esta demora no tranquilizó a los productores y comerciantes que siguieron protestando. Además, la supresión de tantos impuestos iba a complicar seriamente el equilibrio de las finanzas públicas. La ley preveía también la devolución de las sumas avanzadas por los rematadores. Era evidente que el Estado no tenía los recursos para llevar adelante estas disposiciones legales y fiscales.

La misma ambigüedad estaba en el tratado de Arequipa del 3 de noviembre de 1847. El Congreso aprobó este tratado por medio de la ley del 9 de septiembre de 1848. Se favorecía así a los intereses de los comerciantes de La Paz, pero sin dar compensaciones a sus homólogos del sur. Para no agudizar las tensiones regionales, no se aplicaron las disposiciones previstas por el tratado. Se trataba de adoptar medidas muy radicales que, sobre todo, no había que aplicar. Cada decisión podía comprometer el equilibrio y el *statu quo* instaurado entre Belzu y Olañeta. Poco a poco, se abrió paso a una situación de parálisis política que no permitió resolver los graves problemas pendientes como la reorganización de los municipios, el cobro anticipado del tributo sobre las comunidades indígenas, las oposiciones regionales entre el norte y el sur o los enfrentamientos entre los artesanos y los grandes comerciantes.

Los más afectados por este estancamiento político fueron los civiles como Linares y Olañeta que había construido su estrategia política sobre un funcionamiento legal y eficaz de las instituciones republicanas.

Además, Linares y Olañeta no podían concebir un sistema político legalista con fuerzas armadas poderosas. Por eso, impusieron medidas drásticas de despido que afectaban a numerosos oficiales del ejército. Estas acciones se justificaron parcialmente por el estado desastroso de las finanzas públicas después de tantas dificultades económicas y políticas, pero, en el fondo, las élites civiles trataban también de debilitar una fuerza considerada por ellas como contraria a la estabilidad política y a la legalidad republicana. Una amplia campaña de prensa promovió estas medidas que buscaban erradicar el llamado militarismo³¹.

Belzu supo aprovechar oportunamente la indecisión del congreso y el gobierno. Reforzó así su posición entre los productores de coca y cascarilla, además de los comerciantes y artesanos del departamento de La Paz, pero sobre todo aplicó una política altamente favorable a los militares. Como ministro de guerra ordenó a los administradores departamentales del Tesoro negociar préstamos con comerciantes para pagar los sueldos de los oficiales afectados por las medidas gubernamentales desde 1843³².

Estos préstamos agravaron la situación de las finanzas públicas, pero consolidaron definitivamente el prestigio de Belzu entre los militares. Belzu era además un político hábil que sabía manejar los símbolos. Para afianzar su amistad con el presidente Castilla, hizo devolver al Perú los restos del general Gamarra³³.

Este estancamiento político y las rivalidades entre Belzu y Olañeta agudizaron más las tensiones regionales entre el norte y el sur del país. Belzu que tenía sus bases de poder en el norte, y Olañeta en el sur, utilizaron los odios y rencores regionales para consolidar sus posiciones políticas. Ya vimos que estos regionalismos habían tomado un curso peligroso desde el enfrentamiento comercial con el Perú, pero las acciones de Belzu y Olañeta las exacerbaron aún más. Evocando la crisis del periodo 1847-1848, Javier Mendoza utiliza, sin exagerar a nuestro parecer, el término de guerra civil³⁴.

Las torpezas y las demoras del gobierno de Velasco suscitaron también una fuerte agitación entre los partidarios de Santa Cruz y sobre todo de Ballivián. Aprovechando el descontento que reinaba entre la población de La Paz, fomentaron una importante sublevación en esta ciudad el 7 de junio de 1848³⁵

La conspiración fracasó, pero permitió poner en evidencia el desgaste del gobierno. Los ballivianistas fueron capaces de lanzar un movimiento de gran amplitud a menos de seis meses de la caída de su caudillo. Tras este fracaso y al constatar la dificultad de conquistar el poder en ausencia de sus jefes, varios seguidores de Ballivián y Santa Cruz empezaron a apoyar a Belzu que aparecía como la única figura política capaz de derrocar a Velasco e imponer los intereses del norte. Las aspiraciones políticas de Belzu se reforzaron con la consolidación de su influencia y prestigio. Senador electo por Oruro, en vano trató de obtener la investidura presidencial del Congreso. La hostilidad de las élites civiles hacia los militares, y de los departamentos del sur hacia el caudillo del norte motivaron este fracaso.

POR LA FUERZA

Belzu decidió entonces tomar el poder por la fuerza. El primero de octubre llegó a Chuquisaca la noticia de la sublevación de algunos cuerpos del ejército acantonados cerca de Oruro, que había proclamado a Belzu como presidente de la República. Éste aseguró que no tenía nada que ver con el asunto y propuso ir a arreglar el problema directamente a Oruro. Olañeta no creyó en su palabra y las autoridades de Chuquisaca le prohibieron salir de la ciudad.

Durante la noche del 3 de octubre, Belzu y algunos oficiales fieles se escaparon. Éste había comenzado la campaña militar que lo llevaría a la presidencia. El 6 de diciembre venció a las fuerzas de Velasco en la batalla de Yamparaez, cerca de Chuquisaca. La estrategia de Belzu durante todo el año 1848 es una ilustración perfecta de lo que fue la acción política en la época del Estado caudillista a mediados del siglo XIX. Belzu utilizó sus cargos oficiales como ministro de guerra y senador para consolidar su posición y trató de llegar legalmente al poder, pero se apoyaba también sobre sus bases clientelistas, corporativas y regionalistas. Tomó el poder por la fuerza después de haber agotado todas sus posibilidades legales.

La política era una actividad violenta y sutil, en la que el manejo de las prácticas constitucionales se combinaba con el clientelismo, la violencia, los arreglos o las alianzas. Estamos lejos de la visión caricaturesca de caudillos incultos, salvajes y brutales que desempeñaban un papel político rudimentario. La modernidad política institucionalizada estaba envuelta en reglas informales muy sofisticadas que hacían del sistema político caudillista una realidad híbrida, muy compleja. Si querían tener éxito y sobrevivir, los caudillos de esta época debían convertirse en maestros de la maniobra política.

LOS PRIMEROS PASOS

El 6 de diciembre de 1848, gracias a la victoria de Yamparaez, Belzu pudo conquistar el poder y se convirtió en el nuevo presidente de la República de Bolivia por más de seis años.

Para entender la complejidad e importancia de esta nueva experiencia política, es necesario volver a la personalidad de Manuel Isidoro Belzu³⁶. A pesar de su origen humilde, a través del compadrazgo, Belzu pudo contar con lazos familiares, de parentesco espiritual y amistad que le permitieron adquirir una posición muy sólida en el departamento de La Paz. Tuvo vínculos estrechos con una parte de la élite paceña, formada por hacendados y comerciantes, que fueron una de las bases esenciales de su poder. Además, hizo una carrera brillante y rápida durante los gobiernos de Santa Cruz y Ballivián. En 1843, fue miembro del consejo de guerra

que condenó a Santa Cruz, desempeñó como prefecto del departamento del Litoral y Oruro. Esta carrera durante estos dos gobiernos explica cómo pudo controlar ciertos segmentos de las redes clientelistas de Santa Cruz y Ballivián. Los enfrentamientos internos que caracterizaron una primera etapa del gobierno de Belzu se explican en parte por esta división entre ballivianistas y crucistas. Estas alianzas tan flexibles no deben sorprender. En un país, cuya élite dirigente se reducía a algunos centenares de individuos, todos los actores políticos importantes se conocían y habían participado, un día u otro, en los mismos gobiernos. Además eran parientes, compadres o amigos. Esa situación facilitaba los acercamientos y limitaba la violencia. Por ejemplo, los ballivianistas que se unieron a Belzu en 1848, protegieron los ballivianistas que permanecieron en la oposición. Se puede hablar de una violencia política templada por el clientelismo.

Belzu supo usar los múltiples descontentos nacidos durante la crisis de 1847-1848, que el gobierno de Velasco no había podido resolver. Vimos que consolidó sus alianzas con los artesanos, los hacendados y comerciantes vinculados a la explotación de la coca y la cascarilla y también con las comunidades indígenas³⁷.

A pesar de que su centro de poder estaba en el departamento de La Paz, este caudillo había conseguido poner en pie una red clientelista con una parte de las élites de otras regiones como por ejemplo los hermanos Bustillo de Sucre-Potosí. Rafael Bustillo, ministro de hacienda de su gobierno, fue candidato a la sucesión de Belzu en 1855. Su hermano Domingo fue canónigo. Los diferentes gabinetes de Belzu estuvieron conformados por ministros pertenecientes a diferentes regiones de Bolivia. El Presidente siempre tuvo el cuidado de mantener un sutil equilibrio entre Potosí, Sucre, Cochabamba y La Paz, centros de gravedad política y económica de Bolivia en el siglo XIX.

Desde el principio de su gobierno, Belzu actuó con rapidez y se empeño en tratar de resolver problemas pendientes desde 1847, que habían provocado la caída de los gobiernos de Ballivián y Velasco. Adoptó una serie de medidas económicas que apaciguaron a varios sectores del departamento de La Paz, los que, en gran parte, le habían permitido llegar a la Presidencia.

Una de las primeras decisiones de la administración de Belzu fue abrogar la ley del 7 de septiembre de 1848 que había suprimido la casi totalidad de los impuestos y contribuciones del país. La ley del 16 de diciembre de 1848 restableció el régimen impositivo anterior a la ley de septiembre y justificó esta medida con términos muy duros contra el Congreso “*que la heroica revolución confiada a los esfuerzos del Ejército libertador, tuvo por principal objetivo destruir la influencia siniestra de un Congreso insensato que no supo corresponder a la confianza pública, que entre las medidas absurdas que abortó, ocupan prominente lugar los cálculos finánciales, que descantillando considerablemente las rentas mutuales de la Nación arrastraron la hacienda pública al borde de la bancarrota*”³⁸

Las ordenanzas del 2 de marzo y del 17 de marzo suprimieron los monopolios y remates sobre los derechos que gravaban la coca y la cascarilla. Estas dos medidas apaciguaron a los sectores económicos afectados desde hace varios años.

El decreto del 28 de enero de 1849 ratificó definitivamente el tratado de Arequipa del 3 de noviembre de 1847 que restablecía la libre circulación comercial con Arica. Era también un

pedido apremiante de la élite paceña que vio perjudicados sus intereses comerciales desde 1846.

El decreto del 7 de abril de 1849³⁹ que confinaba las casas comerciales extranjeras del interior a Cobija, debía favorecer también a sectores económicos paceños, porque un gran número de estas casa comerciales extranjeras estaba en La Paz. Sin embargo, ésta es también una excelente ilustración de la estrategia política y económica de Belzu que con esta medida quería conciliarse al mismo tiempo con los artesanos y pequeños comerciantes mestizos que protestaban contra la importación de productos de ultramar que competían con sus actividades y también con los grandes comerciantes bolivianos que veían así como serios competidores se alejaban.

No cabe duda de que estos decretos favorecían a la economía paceña, pero también fomentaban desequilibrios regionales entre el norte y el sur del país que podían agudizarse más adelante.

El gobierno de Belzu fue consciente de estos riesgos y decretó una rebaja de los aranceles sobre los productos importados desde Cobija⁴⁰. Sin embargo, esta reducción no podía compensar totalmente un comercio libre. La administración belcista siempre trató de promover un equilibrio regional que no siempre era aceptado por las élites locales.

Hay que insistir además en el otro pilar de la política económica belcista, la acuñación en gran cantidad de moneda devaluada llamada feble, esto a pesar de las disposiciones prohibitivas del tratado de Arequipa. Con ello se trataba de incrementar los ingresos del Estado por medio de los derechos de acuñación en la Casa de Moneda y permitir así el saneamiento de las finanzas públicas, pero también reactivar la actividad económica después de dos años de crisis, por medio de un aumento de la masa monetaria. Antonio Mitre⁴¹ evidenció la importancia de esta moneda feble que articulaba la actividad económica y comercial de una amplia zona heredada de la época colonial que cubría Bolivia, el sur del Perú y el norte de Argentina.

Todas estas medidas ponen en evidencia la complejidad de la política económica belcista calificada a veces, de manera un poco apresurada, de proteccionista por la historiografía tradicional.

Belzu restableció también los municipios mediante decreto del 27 de diciembre de 1848 y paró el cobro anticipado del tributo sobre las comunidades indigenas⁴². Se conciliaba así dos estructuras fundamentales de la sociedad tradicional.

A pesar de esa política activa y energética, la tarea de Belzu no fue fácil. Tuvo que enfrentar inmensas dificultades para mantenerse en la presidencia.

Desde 1847, ningún gobierno había podido imponer el orden. Las facciones políticas y las Fuerzas Armadas actuaban sin control cometiendo abusos y atropellos contra la población.

Además, aunque Belzu pudo llegar al poder con el apoyo de una parte de los ballivianistas y crucistas, opositores tenaces suyos como Linares y Ballivián no habían renunciado a la presidencia y suscitaron muchas sublevaciones. Belzu, que trató de fomentar una política de

reconciliación a través de una ley de amnistía, complicó todavía más su posición, al permitir que varios de sus adversarios volvieran a Bolivia.

Los pronunciamientos más graves tuvieron lugar en marzo de 1849 en Oruro, Cochabamba y sobre todo La Paz. El régimen belcista pudo movilizar a los artesanos mestizos de las ciudades y a los indígenas⁴³ del campo de La Paz y consiguió salvar la situación.

En La Paz, los enfrentamientos fueron muy duros. Los artesanos y pequeños comerciantes mestizos saquearon varios comercios y mataron a varios partidarios de Ballivián. El pequeño pueblo urbano de entonces salvó el gobierno de Belzu y aprovechó los disturbios para ajustar cuentas con los grandes comerciantes bolivianos y extranjeros⁴⁴.

El fracaso de las sublevaciones de marzo fue un desastre para Ballivián, quien perdió gran parte de su prestigio político y resultó un éxito para Belzu, quien pudo consolidar su posición política. A partir de este momento, Linares encabezó la oposición contra Belzu.

Belzu pudo salvar su gobierno gracias a la intervención de varios sectores populares, aunque a costa de serias ambigüedades y contradicciones que iban a debilitar y desestabilizar su gobierno hasta 1855. No fue fácil incluir en la misma alianza a artesanos y grandes comerciantes, hacendados y comunidades indígenas.

CONCLUSIÓN

Para conciliar, no sin dificultades, las realidades múltiples, diversas y heterogéneas de la Bolivia de mediados del siglo XIX, entre 1848 Y 1855, Belzu construyó un sistema político híbrido que asociaba estructuras, prácticas y representaciones políticas y a la vez tradicionales⁴⁵. Por ejemplo, Belzu se apoyaba sobre gremios artesanales heredados de la sociedad colonial del antiguo régimen, pero también en reglas administrativas modernas⁴⁶.

En otro trabajo, tratamos de mostrar⁴⁷ que utilizó también las referencias religiosas para legitimar su proyecto político. Sin abandonar el instrumento moderno de legitimidad que era el principio de la soberanía popular y nacional, Belzu se presentó como un dirigente político providencial y protegido por las potencias celestiales, y sobre todo por la Virgen María. Poco a poco, y sobre todo después del amago de asesinato contra Belzu el 6 de septiembre de 1850, el providencialismo político religioso se convirtió en el resorte ideológico esencial del Estado belcista caudillista.

Al tratar de asociar, esta tradición y esta modernidad que impregnaba la sociedad boliviana y el imaginario de sus habitantes a mediados del siglo XIX, Belzu pudo resolver por un tiempo la aguda crisis que azotó a Bolivia en su primera época republicana.

Entre 1848 y 1855, el equilibrio inestable del Estado caudillista fue frágil y no pudo durar eternamente, pero permitió encontrar ciertas respuestas a los profundos problemas y temibles contradicciones de la sociedad boliviana de la primera parte del siglo XIX.

Notas:

1. Frédéric Richard, *¿Belzu un populista?* L'Interna Diurna, 23 y 30 de agosto de 1992 ; *Política, Religión Y Modernidad en Bolivia en la época de Belzu*, in El Siglo XIX en Bolivia y América Latina, IFEA, Embajada de Francia, Coordinadora de Historia, La Paz, 1997, p.619-634; *La Bolivia del siglo XIX y la herencia borbónica, Mitos y realidades*. Revista de la Coordinadora de Historia, Historias, Número uno, La Paz, 1997, p.167-195; *Belzu et le belcisme. La Bolivie de 1848 à 1865*, Manuscrito inédito, 1996.
2. François-Xavier Guerra, *Modernidad e Independencias*, Editorial Mapfre, Madrid, 1993, p.13, 25-26.
3. Marie-Danielle Demelas, *L'invention politique Bolivie, Equateur, Pérou au XIXème siècle*, Éditions Recherches sur les civilisations, Paris, 1992, p.271-272.
4. Los gobiernos de Belzu (1848-1855) y Córdova (1855-1857).
5. Carlos Pérez, *Cascarilleros y Comerciantes en Cascarilla durante las Insurrecciones populistas de Belzu en 1847 y 1848*, Historia y Cultura, 24, octubre 1997, La Paz, p.203-205.
6. Nicanor Aranzaes, *Las Revoluciones en Bolivia*, Librería Editorial "Juventud", La Paz, 1980, p.56-57
7. Valentín Abecia B., *Las Relaciones internacionales en la Historia de Bolivia*, Los Amigos del Libro, La Paz, 1979, p.506.
8. Frédéric Richard, *Belzu et le belcisme. La Bolivie de 1848 à 1865*, Manuscrito inédito, 1996, p.9-12.
9. Redactores de los Congresos Constitucionales de 1846 y Extraordinarios de 1847, 1848, año 1846. Litografías e Imprentas Unidas, La Paz, 1924, p.6-12, 45-47.
10. Marie-Danielle Demelas, 1992, p.262-266.
11. Sobre la administración pública, el mejor trabajo es la tesis de Víctor Peralta, *El Poder burocrático en la Formación del Estado moderno*, Tesis de Maestría, FLACSO, Quito, 1992.
12. Raúl Calderón Jemio, *Conflictos sociales en el Altiplano paceño entre 1850 y 1860*, DATA, Revista del Instituto de Estudios y Amazónicas, nº1, 1991, La Paz, p.152-153.
13. Carlos Pérez, 1997, p.197-213.
14. Antonio Mitre, *Los Patriarcas de La Plata. Estructura socioeconómica de la Minería boliviana en el siglo XIX*, Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 1981, p.51-52.
15. Gustavo Rodríguez Ostría, *Estado y Municipio en Bolivia. La Ley de Participación Popular*, PNUD, La Paz, 1995, p.20-21.
16. James Dunkerley, *Orígenes del Poder militar en Bolivia. Historia del Ejército, 1879-1935*, Quipus, 1987, p.15-16.

17. Hans Hüber Abendroth, *Comercio, Manufactura y Hacienda pública en Bolivia entre 1825 y 1870*, in el Siglo XIX, Bolivia y América Latina, 1997, p.337-338.
18. Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores de Francia, Bolivia 1848-1853, Correspondencia política, Vol. Número 5, documentos 15-16.
19. Ídem, documentos 49-50.
20. Humberto Vásquez- Machicado, *Glosas sobre la Historia económica de Bolivia. El hacendista Don Miguel María de Aguirre (1798-1873)*, Editorial Don Bosco, La Paz, 1991, p.203-211.
21. *Sobre el complejo problema del pactismo*: Frédéric Richard, *Política, Religión y Modernidad en Bolivia en la época de Belzu*, en El Siglo XIX, en Bolivia y América Latina, 1997, p.621. F.X. Guerra, 1993, p.170. M.-D. Demelas, 1992, p.80, 466-469.
22. Archivo Nacional de Bolivia, Ministerio del Interior, Tº 127, número 25, Prefectura de La Paz, 1848. Por ejemplo: Actas del cantón de Carabuco, Provincia de Omasuyos, 21 de diciembre de 1847; de la Provincia de Yungas, 21 de diciembre de 1847; del cantón Jesús de Machaca, 19 de diciembre de 1847; de Villa Aroma, provincia de Sicasica, 19 de diciembre de 1847.
23. José de Mesa, Teresa Gisbert, Carlos D. Mesa Gisbert, *Historia de Bolivia*, Editorial Gisbert, La Paz, 1997, p.328-329.
24. Ídem, p.354.
25. Ídem, p.375-376.
26. Ídem, P.319-320.
27. Frédéric Richard, *Política, Religión y Modernidad en Bolivia en la época de Belzu*, en El Siglo XIX en Bolivia y América Latina, IFEA, Embajada de Francia, Coordinadora de Historia, La Paz, 1997, p.622-624.
28. Frédéric Richard, *Belzu et le belcisme. La Bolivie de 1848 à 1865*, 1996, p.12-17. Raúl Calderón Jemio, *Defensas del Mercado interno y Lucha política en Bolivia a mediados del siglo XIX*, in Contacto, número 28, 1988, La Paz, p.22-27. *Las Mayorías irrumpen en la Historia*, en Los Bolivianos en el Tiempo, La Paz, 1995, p.229-231.
29. Carlos Pérez, 1997, p.207-209.
30. Redactores de los Congresos Constitucional de 1846 y Extraordinarios de 1847-1848. Año 1848, p.286.
31. La Época, número 159, 21 de julio de 1848.
32. Víctor Peralta, *Amordazar a la Plebe. El Lenguaje político del Caudillismo en Bolivia*, en el Siglo XIX, Bolivia y América Latina, La Paz, 1997, p.644-645.

33. Agustín Gamarra, presidente del Perú, murió durante la Batalla de Ingaví en 1841. Sus restos fueron enterrados en el sitio mismo de la batalla.
34. Javier Mendoza, *La Mesa coja. Historia de la Proclama de la Junta Tuitiva del 16 de julio de 1809*, Sucre, 1997, p.32-35.
35. Nicanor Aranzaes, 1980, p.81-82.
36. Frédéric Richard, *Política, Religión y Modernidad en Bolivia en la época de Belzu*, en el Siglo XIX, Bolivia y América Latina, La Paz, 1997, p.622-623.
37. Raúl Calderón Jemio, *Conflictos sociales en el Altiplano paceño entre 1830 y 1860*. Data, Revista del Instituto de Estudios Andinos y Amazónicas, número uno, 1991, La Paz, p.145-157.
38. Casto Rojas, *Historia financiera de Bolivia*, Editorial Universitaria UMSA, La Paz, 1977, p.152.
39. Hans Hüber Abendroth, 1997, p.348-349.
40. Casto Rojas, 1977, p.168.
41. Antonio Mitre, *El Monedero de los Andes*, Hisbol, La Paz, 1996.
42. Raúl Calderón Jemio, 1992, p.152-153.
43. Raúl Calderón Jemio, *En Defensa de la Dignidad: el Apoyo de los Ayllus de Umasuyu al proyecto belcista durante su consolidación 1848-1849*, Estudios bolivianos, 2, La Paz, 1996, p.99-110.
44. Nicanor Aranzaes, 1980, p.96-101.
45. Frédéric Richard, *Política, Religión y Modernidad en Bolivia en la época de Belzu*, en el Siglo XIX en Bolivia y América Latina, IFEA, Embajada de Francia, Coordinadora de Historia, La Paz, 1997, p.619-634.
46. Ídem.
47. Ídem.

Autor: Frédéric Richard

